

Calendari de lectures

Maig *Assaig sobre la ceguesa*, José Saramago
Juny *La perla*, John Steinbeck

Hem estrenat bloc:

<http://decasaalclub.blogspot.com/>

Club de lectura

abril 2009



Yukio Mishima
El mariner que va perdre
la gràcia del mar

La trobada per a parlar
d'El mariner que va perdre la gràcia del mar

serà el dimarts 28 d'abril
a les vuit del vespre

· Biblioteca **Joan Triadú** · Vic ·



Yukio Mishima

(Tòquio 1925-1970)

Pseudònim del novel·lista i dramaturg japonès **Hiraoka Kimitake**. Estudià a la universitat de Tòquio i durant la Segona Guerra Mundial i sota la influència de l'escola romàntica japonesa, publicà un recull de narracions breus, *Hanazakari no mori* (*El bosc en flor*, 1944). Després de la guerra es consolidà com a escriptor de gran èxit amb *Kamen no kokuhaku* (*Confessió d'una màscara*, 1949), a la qual seguiran *Ai no Kawaki* (*Enuig de l'amor*, 1950) i *Kinshoku* (*El color prohibit*, 1951-53). Construï un món detallat amb una metodologia molt rigorosa, però anà evolucionant de l'esteticisme vers la recerca de l'equilibri clàssic, que culminà amb *Kinka kuji* (*Pavelló daurat*, 1956) i *Hashitsukushi* (*El pont estès*, 1956). A partir

d'aleshores, s'inclinà ideològicament cap a les dretes, i al mateix temps que exposava una teoria de la defensa cultural molt original, publicà, entre altres obres, *Yukoku* (*El país millor*, 1960) i *Erei no koe* (*La veu dels herois caiguts*, 1966). Publicà més tard *Taiyo to tetsu* (*El sol i el ferro*, 1965-1968) i els quatre volums de *Hojo no umi* (*El mar fèrtil*, 1965-70). Tot seguit envai el comandament central d'una caserna militar pròxima a Tòquio amb quatre membres de l'associació que personalment havia organitzat i se suïcidà fent-se l'harakiri.

(GEC)

Yukio Mishima

Guadalupe Loaeza

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

| NÚMERO 48 | FEBRERO 2008 |

El pasado 14 de enero, Yukio Mishima hubiera cumplido ochenta y tres años, sin embargo nada más vivió cuarenta y cinco porque decidió morir por su propia mano en un complejo ritual, huyendo así por la puerta falsa... Después de consultar varias biografías de Mishima, su suicidio pareciera una novela escrita por él mismo. Como dice Marguerite Yourcenar: "Su suicidio fue una de sus obras".

Lo primero que el escritor japonés Yukio Mishima hizo la mañana del 25 de noviembre de 1970 fue llevar a lavar su auto blanco, en compañía de cuatro estudiantes, amigos suyos. Se trataba de un coche nuevo, comprado unos meses antes, exclusivamente para ser utilizado en ese preciso día. Una vez que había quedado completamente limpio, el grupo regresó a casa del escritor, el cual tenía puesto su uniforme de samurái. Antes de volver a salir a la calle, Mishima se encargó de dejar la orden de que su más reciente novela, *El ángel en descomposición*, fuera llevada al editor. Junto, dejó escrita una breve nota:

"La vida humana es breve, pero yo querría vivir siempre".

Inmediatamente después, tomó su cartera, en la cual llevaba escondidas dos espadas cortas y salió a la calle para subir a su automóvil. Al abordarlo, se dirigió a sus compañeros y les comentó con cierto sentido del humor, como si comentara una broma, raro en él, ya que Mishima era más bien hosco:

—Si esto fuera una película, éste sería el momento en el que se oyera una música sentimental.

Ninguno de los que los vieron pasar por la calle se imaginaron ni por asomo el destino de los cinco pasajeros, sobre todo al ver al conductor silbando una canción “sentimental” para acompañar esa “escena de película” mientras sus cuatro acompañantes cantaban alegremente. Al cruzar velozmente por las calles de Tokio, Mishima pasó a un lado de la escuela donde a esas horas estudiaba Moriko, su hija de once años.

Para 1970, Mishima era considerado como uno de los grandes escritores de Japón. Su prestigio era tan grande que el portentoso novelista japonés, Yasunari Kawabata, al recibir el Nobel de Literatura en 1968, declaró lo siguiente:

“No comprendo cómo me han dado a mí el Premio Nobel existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos. Tiene un don casi milagroso para las palabras.”

No está de más recordar que Mishima ha sido comparado con autores como André Gide y Marcel Proust. Puede decirse que Mishima era entonces una de las grandes personalidades literarias de Japón. Por esta causa, nada tenía de extraño que esa mañana de fines de noviembre, el novelista visitara al general Mashita, jefe del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa del Japón.

Desde 1967, el escritor era miembro de estas Fuerzas de Autodefensa, en donde tuvo un constante entrenamiento. Al año siguiente, formó la Sociedad Escudo (*Tatenokai*), inspirado en sus lecturas del *Hagakure* (un manual de ética del samurái escrito a principios del siglo XVIII). Gracias a su constante ejercicio, Mishima logró tener un atlético cuerpo del que se sentía tan orgulloso que frecuentemente se retrataba semidesnudo y, a

veces, completamente sin ropa. Asimismo, le gustaba ver su cuerpo musculoso reflejado en el espejo, en las posiciones más sensuales.

Al llegar a la oficina del general Mashita, fue recibido de inmediato junto con sus acompañantes. Lo primero que notó el General fue la espada que Mishima llevaba en el cinto:

—Estas espadas están prohibidas actualmente, ¿qué la policía no les pone obstáculos para llevarlas en público?

—Es que es una pieza de museo, mi General, es del siglo XVI.

—¿Me permite verla?

Dice el biógrafo Juan Antonio Vallejo-Nágera, quien viajó a Japón para documentar este pasaje, en su libro *Mishima o el placer de morir* (Planeta, Barcelona, 1983), que el general Mashita pidió un pañuelo para poder limpiar la espada y poder analizarla con mayor detenimiento.

Como buen conocedor de armas antiguas, el General levantó la espada hacia la luz, así es que en esta posición, se convertía en una presa fácil.

De inmediato, el grupo de acompañantes de Mishima lo amordazó con rapidez y lo sentó en un sillón, con las manos atadas. Uno de los militares que se encontraba a punto de entrar a servir el té, se asomó por la cerradura para saber si era el momento adecuado para servirlo. Al enterarse de lo que ocurría, los militares comenzaron a golpear la puerta; evidentemente, Mishima no contaba con este imprevisto, así es que con gran nerviosismo, sacó las dos espadas de su cartera para poner una de ellas muy cerca del cuello del General.

No hay duda de que Yukio Mishima (1925-1970) fue un personaje que vivió al límite. Toda la vida procuró presenciar escenas extremas con la mayor impasibilidad.

La escritora francesa, Marguerite Yourcenar, en su extraordinario ensayo *Mishima o la visión del vacío* (Seix Barral, Barcelona, 2003), recuerda que el padre del escritor fue una figura muy vaga en su existencia:

“Sabemos muy poco acerca de él; sólo un gesto que nos sorprende: en tres ocasiones, durante sus paseos a través del campo, a lo largo de la vía férrea, levantó, nos dice, al niño en sus brazos, a un metro apenas del expreso que pasaba furiosamente, dejando que el pequeño fuese afectado por aquellos torbellinos de velocidad, sin que éste, ya estoico o tal vez petrificado, lanzase un solo grito.”

¿Cómo es posible que uno de los mejores escritores japoneses, dueño de una de las sensibilidades más delicadas, sea al mismo tiempo un personaje lleno de tanta violencia? ¿Cómo es posible que con esa sensibilidad no se inmutara ante el dolor ajeno? ¿Hay algo de la cultura de Japón que se escapa a la comprensión de Occidente?

Como dice la misma Yourcenar, el hecho de que el joven Mishima haya eyaculado ante la imagen de Guido Reni que representaba a san Sebastián (el santo que murió a causa de una lluvia de flechas), habla de cómo el arte japonés no conoció “como el nuestro, la glorificación del desnudo”. Ningún samurái habría muerto de esa manera, nunca ningún guerrero de Japón habría tenido esa voluptuosidad a la hora de su muerte:

“Los héroes del Japón antiguo aman y mueren con su caparazón de seda y acero”, escribió la autora de *Las memorias de Adriano*.

Por otra parte, hay que notar que el niño Hiraoka Kimitake —como se llamaba en realidad Mishima— creció lejos de sus padres, ya que fue puesto al cuidado de su abuela, una mujer anciana y enferma que lo mantuvo recluido durante su niñez. Dice la estudiosa Diane de Margerie (en su prólogo en el libro *Correspondencia entre Kawabata y Mishima*, publicado en Argentina en 2003) que esta abuela era un personaje completamente novelesco: “Tiránica, enferma, de carácter fantasioso y extravagante, fuertemente presente con su pronunciado gusto por la puesta en escena”. Desde muy niño Mishima estuvo cerca de las crisis nerviosas de esta mujer, aprendió a vendar sus llagas y la llevaba al baño. A veces hasta la bañaba. Estaba al pendiente de sus medicinas.

Y por si fuera poco, lo obligaba a llevar vestidos de niña confeccionados en brocados muy ricos y en colores delicados. Frecuentemente acompañaba a la abuela a representaciones de obras de teatro siempre sangrientas que fascinaban a la madre de su padre. “A los ocho años, tenía una enamorada de sesenta”, escribió el propio Mishima.

También es importante mencionar que la relación del escritor con la belleza y con la sexualidad fue sumamente compleja. En su libro *Memorias de una máscara* (1949) de la editorial Seix Barral, una versión novelada de su vida, narra su primera experiencia de atracción erótica:

Era un muchacho que venía hacia nosotros, con las mejillas rojas y ojos brillantes; llevaba alrededor del cabello un rollo de tela sucia a modo de venda. Bajaba por la pendiente llevando, con la ayuda de una vara, dos

cubos de basura sobre un hombro, equilibrando con destreza sus pies al avanzar. Era un basurero, un recolector de excrementos. Vestido como un obrero, calzado con sandalias de suela de caucho, sus piernas estaban cubiertas por un pantalón azul oscuro de tipo ajustado, de los que se conocen como “calzas”. Aunque en ese momento no me daba cuenta con claridad, a mis ojos se presentaba la revelación de cierto poder, el primer llamado que me hacía una voz extraña y secreta. Es significativo que esto se me haya manifestado bajo la forma de un basurero: el excremento es un símbolo de la tierra y, sin ninguna duda, era el amor malévolo de la Tierra Nutricia el que me llamaba. Entonces tuve el presentimiento de que en este mundo existe un tipo de deseo parecido a un dolor agudo. Levantando mi vista hacia ese joven mugriento, me sentí ahogado por el deseo y pensé: “Quiero cambiarme por él, quiero ser él”.

Este magnífico libro es, según Diane de Margerie, el primero que en Japón habló de manera abierta sobre la homosexualidad. Tal vez, lo más impresionante de este pasaje sea que Mishima se refiera al deseo como “un dolor agudo”. No hay duda de que el novelista deseó tanto ser ese joven que al final de cuentas logró tener la apariencia física que tanto anhelaba. No obstante, su relación con la belleza siempre fue sumamente conflictiva. En primer lugar porque Mishima siempre relacionó el desafío con la carne; y, en segundo, porque creía que era necesario profanar y matar la belleza por ser demasiado hermosa. Así pues, no cabe duda que la belleza es esencial para Mishima, aunque en su caso le provoca el deseo de matar y de destruir. Su suicidio, concluye Diane de Margerie, puede verse como las variaciones que tiene el instinto de la autodestrucción: “el horror por la vejez, el deseo de alcanzar la belleza, la fascinación por la muerte y el deseo de alcanzarla con el ser amado”. No hay duda que el miedo a la vejez es una constante en algunos suicidas por ejemplo Miroslava, Rita Macedo y Lupe Vélez. No es extraño, entonces, pensar que Mishima, histriónico como era, hubiera terminado por recurrir al suicidio.

Pero volvamos a la oficina del general secuestrado por el grupo de amigos de Mishima. Vallejo-Nágera relata que el ejército japonés tenía terminantemente prohibido disparar sobre un civil en cualquier condición. Así es que los secuestradores del general Mashita estaban seguros de que nadie dispararía sobre ellos. Luego de dos intentos de penetrar en la

oficina, Mishima los amenazó con matar al General si volvían a intentar otro rescate.

Las condiciones para no hacerle nada a Mashita son: reunir a mil hombres bajo la ventana de la oficina para que puedan escuchar la arenga del novelista y de sus cuatro acompañantes (Chibi Koga, Ogawa, Furu Koga y Morita —el amante de Mishima); deben guardar silencio y no intimidar a los secuestradores. Pretendiendo que el General dé la orden para que el grupo sea obedecido, Mishima le quitó la mordaza, pero el militar comenzó a gritarle: “¡Paren este desatino!”.

Rápidamente, llegaron policías, ambulancias, unidades antidisturbios, dos helicópteros de la policía y, sobre todo, cámaras de televisión y micrófonos de radio. Todo Japón pudo contemplar esta escena en vivo en sus televisores, asimismo, pudo ver la salida de Mishima al balcón de la oficina mientras gritaba:

Vemos al Japón emborrachándose de prosperidad y hundiéndose en un vacío del espíritu... Vamos a devolver su imagen y a morir haciéndolo... El Emperador ya no ocupa en el Japón el lugar que le corresponde...

Escuchemos la voz de Marguerite Yourcenar relatando esta escena tan cómica pero a la vez, tan trágica:

Las injurias, las palabras malsonantes, ascienden hacia él. Las últimas fotografías lo muestran con el puño crispado y la boca abierta, con esa fealdad especial del hombre que grita o que aúlla, un juego fisonómico que denota ante todo un esfuerzo desesperado para hacerse oír, pero que recuerda penosamente las imágenes de los dictadores y de los demagogos, sean del lado que sean, que desde hace medio siglo han envenenado nuestra vida. Uno de los ruidos del mundo moderno se agrega enseguida a los abucheos: un helicóptero que han solicitado da vueltas por encima del patio, llenándolo todo con el estruendo de sus hélices.

Entonces Morita, el más joven de sus seguidores, aquel que tenía un gran parecido con el amado del joven Mishima y cuyo retrato se encuentra en *Memorias de una máscara*; Morita, salió de la oficina con una bandera de tela blanca en la que se leen sus peticiones. Mishima comenzó a hablar pero todos los militares lo recibieron con abucheos, dicen que ni siquiera los que estaban en la primera fila podían entender qué decía el novelista. En las pantallas de televisión sólo se escuchaban los gritos de los militares:

“ ¡ Baja de ahí, fantoche!”.

Con una gran frustración, Mishima regresó a la oficina, y sólo volteó a ver a sus compañeros para decirles: “Creo que no me entendieron bien”.

Escribe Marguerite Yourcenar que Mishima se sentó a un metro del general, y ejecutó punto por punto, su suicidio:

Había pedido a Morita que no lo dejase sufrir mucho tiempo. El muchacho abate su sable, pero las lágrimas le empañan los ojos y sus manos tiemblan. Sólo consigue infligir al agonizante dos o tres horribles cuchilladas en la nuca y en el hombro. “¡Dame!” Furu-Koga, (uno de los del grupo), empuña diestramente el sable y, de un solo golpe, hace lo que había que hacer. Mientras tanto Morita se ha sentado en el suelo a su vez y toma la daga que estaba en la mano de Mishima. Pero le fallan las fuerzas y sólo se hace un profundo arañazo. El caso está previsto en el código samurái: el suicida demasiado joven o demasiado fuera de sí para hacer bien el corte, debe ser decapitado. “¡Adelante!” Es lo que hace Furu-Koga.

Una vez que los cuerpos de Mishima y Morita quedaron tendidos sobre el suelo, los jóvenes acompañantes liberaron al general Mashita. Más tarde, el cuerpo de Mishima fue sacado del lugar en una caja de madera.

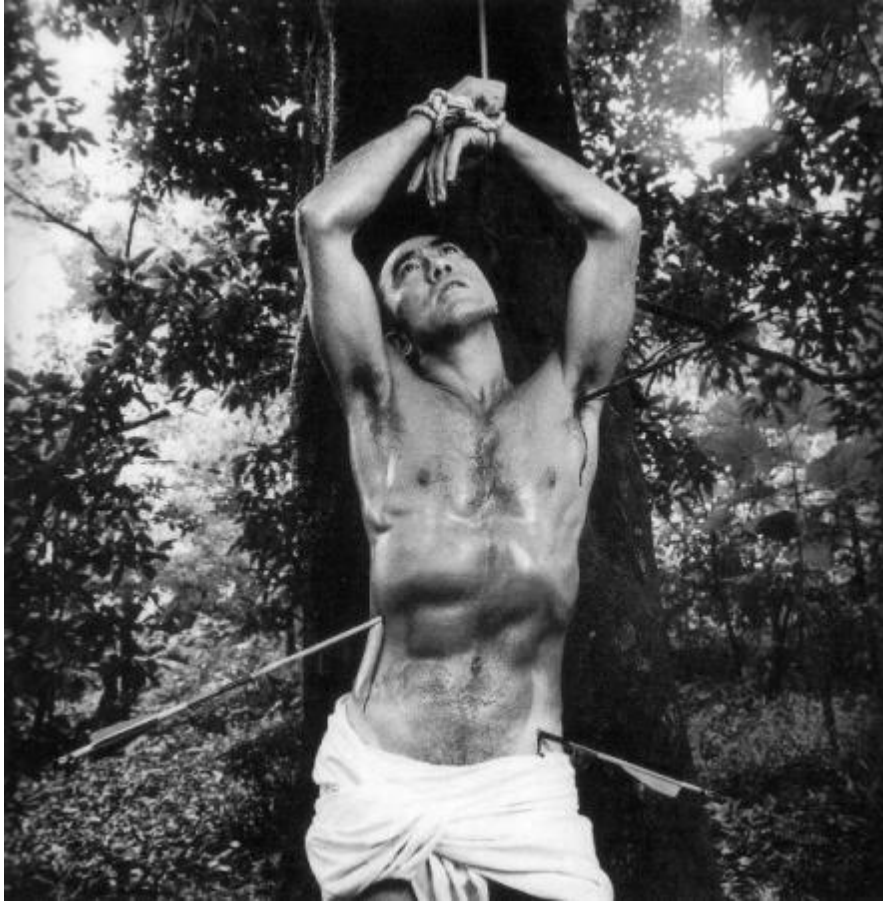
Por alguna razón, los periodistas de radio y de televisión rodearon la caja y acercaron sus micrófonos a la tapa de madera. Para los japoneses, el histriónico suicidio de uno de sus mejores escritores significó una auténtica conmoción.

Hay que recordar que no se había producido ningún *harakiri* desde los meses siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses llevaban veinticinco años de no hablar de este tema. Así es que nadie suponía que Mishima llevaba seis años planeando su propia muerte.

Apenas unos meses antes de su suicidio (el 6 de julio de 1970), había escrito a Kawabata, su maestro, una carta llena de desilusión y de desencanto:

Cada gota de tiempo que se escurre me parece tan preciosa como un trago de buen vino, y ya he perdido casi todo interés por la dimensión espacial de las cosas. Este verano iré de nuevo a Shimoda con toda mi familia.

Espero que sea un bello verano.



Yukio Mishima

El suicida serial

XAVIER VELASCO
EL PAÍS – 22-08-2003

(FERNANDO VICENTE)

<http://javiermarias.es/foro/printthread.php?TopicID=1688>

Una vida intensa

Violentamente vivo: aun después de muerto -su cadáver decapitado y a medio destripar, las cámaras encima como buitres-, así solía lucir Yukio Mishima. "La mayoría de los escritores", confió a algún editor, "son personas normales que se conducen como perturbados, y yo, que me comporto como una persona normal, estoy enfermo del alma".

Muy rara vez pasó de los 49 kilos. Fue, desde muy pequeño, puntual hazmerreír de sus condiscípulos: débil, torpe, cobarde, pequeño, acomplejado. Y ciertamente nunca, ni antes ni después, amenazó siquiera con semejar una persona normal. Mimado por la abuela posesiva y achacosa, perseguido más tarde por un padre resuelto a combatir su devoción creciente por la escritura, el niño Kimitake Hiraoka llegó a la adolescencia -para, según sus detractores, ya no salir de ahí- listo para esconderse tras del seudónimo que le permitiría convertirse, rauda e impunemente, en estrella de la literatura: Mishima, Yukio.

Si Hitler fue el primer rock star de la historia, Mishima es el

genuino superstar de la novela. Por más que Jean Genet no cesara jamás de contraer nuevos hábitos, mañas y actas judiciales, nadie antes de Mishima fue tan lejos en el empeño de fundir vida y obra, cuerpo y alma, ficción y terrorismo, acciones y palabras, incluso audio y vídeo en un solo proyecto. Mientras otros gastaron fortunas en efectos especiales, a él le bastó con verse consecuente hasta el último extremo.

"Para que yo pueda levantar mi rostro al sol es necesario que sea devastado el mundo entero", dice para sí mismo el joven tartamudo Mizoguchi, no bien ha sido ridiculizado por Uiko, la chica acaudalada, hermosa y arrogante de *El pabellón de oro*. Por eso no le basta con desearle ardorosamente la muerte, y luego atestiguarla con fruición: es preciso acabar con toda la belleza de este mundo. Hasta la última orilla, hasta el supremo incendio, hasta el final del todo y de la nada, hasta que cada uno de los que un día se burlaron caiga presa de alguna trágica estupefacción.

Un mórbido erotismo, dicen, no sin fascinación, algunos de sus críticos cuando hablan de un estilo temprano e inquietante donde, más que escribir ficción, realiza "una vivisección" de su persona, entregado a una lujuriosa mística por las palabras y enfebrecido por cierta hambre de acción. Ya a los 20 años le escribe a Yasunari Kawabata, de entonces hasta siempre su sensei: "¿Y no llegará el momento en que me veré enfrentado a la dolorosa decisión de realizar, fuera de la literatura, mi visión fatalista de la literatura?". Acaso lo asombroso de Yukio Mishima no es tanto que se trace una rígida línea a seguir, sino que, cuando menos en apariencia, no desista un segundo en obedecerla, ni se aparte un milímetro del camino trazado.

A Mishima le avergüenza escribir, por más que lo haga compulsivamente. Preferiría, como todo pundonoroso kamikaze, pasar sin papeleos a la acción. De ahí que, no bien se propone "marcar a la literatura con el sello candente del espíritu de su época", se duele por tener que limitarse a "cantar con la calma

impávida de un idiota los instantes absurdos y vertiginosos que componen las páginas de nuestro tiempo". Pero tiene un proyecto: si antes todos creyeron que era débil, llegará el día de poner a prueba su inusitada fuerza. No basta con tenerlo todo en la vida; hay también que destruirlo. Ir más lejos que nadie, y sólo después de eso mirar de frente al sol.

Para la opinión pública del siglo XX, la historia de Mishima se resume en el miércoles 25 de noviembre de 1970: fecha del haraquiri más famoso del siglo pasado (así decía Mishima: hara-kiri -literalmente, corte de vientre-, por más que otros prefieran el término exquisito que define el ritual entero, decapitación incluida: seppuku). Hoy, cuando la palabra kamikaze puede paralizar un aeropuerto, una ciudad o un país, las obsesiones más oscuras de Mishima ganan de pronto vida, cuerpo y vigencia. Muchos años antes de fotografiarse parodiando la imagen del san Sebastián de Guido Reni, con todo y flechas, el adolescente Mishima había tenido su primer orgasmo frente al cuadro: torcido de lascivia, sediento de suicidio.

"Nunca tanto como hoy se le ha reprochado a la literatura estar 'sin ilusiones', y nunca el peligro de ilusionarse con esta 'falta de ilusiones' ha sido tan grande", le escribe a Kawabata, y años más tarde abunda: "No deseo leer esta literatura de burgués civilizado". Es comprensible, pues, que aun vestido de gentleman acuse: "En una época en que los casos de neurosis aumentan de manera espectacular, me parece que la energía de los locos sobrepasa de lejos a la de la gente de letras. La novela (quiero decir, la novela moderna) ¿ha llegado, siquiera una vez, a producir simultáneamente ese doble efecto?".

Doble efecto: en la mañana previa a su inmolación, el novelista deja sobre su escritorio los últimos folios de *La corrupción de un ángel*, cuarta parte de la tetralogía *El mar de la fertilidad*. Doble efecto: la tarde de la víspera, el dramaturgo ultima los detalles, y es así que se para frente a una farmacia con sus cuatro secuaces -el alto mando de la Sociedad del Escudo, una centuria de pospúberes impetuosos, uniformados y militarizados a los

que no sería del todo inexacto llamar Juventudes Mishimianas- y pide que le traigan un paquete de algodón; no sin algún oscuro sentido del humor, les aclara su grave utilidad: un tapón en el recto evitará el bochorno de que el corte de vientre precipite una deshonrosa deyección. Doble efecto: la acción es literatura, y viceversa. De ahí que en otra carta confiese: "Soy, por naturaleza, incapaz de quedarme en un lugar, lo que me expone a críticas cada vez más abundantes".

Vehemente, cáustico, arrogante, malcriado, egoísta, narciso, autoritario, Mishima contradice su condición escuálida obteniendo altos grados en artes marciales y posando para revistas de cultura física, mas ni su misma fama de actor y extravagante lo libraría de la vergüenza omnipresente. En agosto de 1969 escribe: "Hace cuatro años que a pesar de las burlas me dedico a preparar, lenta pero firmemente, la llegada del año 1970. (...) Es la primera vez en mi vida que invierto tantos esfuerzos físicos y mentales, y tanto dinero, en un movimiento concreto". Es, ciertamente, un plan irreal, mas Mishima se muestra implacable como skinhead a lomos de anfetamina: "Nada detesto tanto en el mundo como las caras gordas de los realistas con anteojos".

Tenno heika banzai -"larga vida al emperador"- gritarían al unísono los cuatro miembros de la Sociedad del Escudo pasado el mediodía de aquel 25 de noviembre, luego de que su jefe, con 45 años y más de un centenar de títulos publicados, fracasara escupiendo una arenga patrioterica a algo más de 800 soldados presentes, de los cuales muy pocos lo bajarían del grado de cabrón. Después vendría la historia tantas veces contada: Mishima que se corta dos pulgadas de vientre, Masaketsu Morita -lugarteniente y ejecutor- que le propina tres sablazos fallidos entre cuello y espalda-, Furu-Koga -uno de los tres miembros obligados por el jefe a sobrevivir- que con toda destreza decapita a uno y otro, los discípulos que aprovechan para sollozar antes de que los vean y arresten los soldados, las cabezas que yacen simétricas sobre el tapete.

Acosado por sus fantasmas menos reductibles, Mishima escribe, a meses de su próxima inmolación: "Cada gota de tiempo que se escurre me parece tan preciosa como un trago de buen vino, y ya he perdido casi todo interés por la dimensión espacial de las cosas. Este verano iré de nuevo a Shimoda con toda mi familia. Espero que sea un bello verano".

No son tales, se entiende, las palabras de un hombre violentamente vivo, sino las de un cadáver apremiante: protagonista de una novela que cruza ya la línea del desenlace. Con tan escasas hojas blancas por delante, el suicida serial apela a su quehacer de novelista para hacer estallar la conclusión triunfante: "Ahora que establecí mi plan, creo que voy a comenzar a redactar ese final".

...aquel hombre tan violentamente vivo había puesto una distancia entre él y la vida.



Mishima o la visión del vacío

Marguerite Yourcenar

Seix Barral, 1985

P. 9-12

Siempre es difícil juzgar a un escritor contemporáneo: carecemos de perspectiva. Y aún es más difícil juzgarlo si pertenece a su civilización que no es la nuestra y con lo cual entran en juego el atractivo del exotismo y la desconfianza ante el exotismo. Esas posibilidades de equívoco aumentan cuando, como ocurre con Yukio Mishima, el escritor ha absorbido ávidamente los elementos de su propia cultura y los de Occidente; y, en consecuencia, lo que para nosotros es normal y lo que para nosotros es extraño se mezclan en cada obra en unas proporciones diferentes y con unos efectos y unos aciertos muy diversos. No obstante, es esa mezcla lo que hace de él, en muchas de sus obras, un auténtico representante de un Japón también violentamente occidentalizado, pero marcado a pesar de todo por algunas características inmutables. En el caso de Mishima, la forma en que las partículas tradicionalmente japonesas han ascendido a la superficie y han estallado con su muerte, le convierte, en cambio, en el testigo y, en el sentido etimológico del término, en el mártir del Japón heroico al que él había, por así decirlo, a contracorriente.

Pero la dificultad aún crece más –sean cuales sean el país y la civilización de que se trate– cuando la vida del escritor ha sido tan variada, rica, impetuosa y a veces tan sabiamente calculada como su obra, que tanto en la una como en la otra advertimos los mismos fallos, las mismas marrullerías y las mismas taras, pero también las mismas virtudes y, finalmente, la misma grandeza. Inevitablemente se establece un equilibrio inestable entre el interés que sentimos por el hombre y el que sentimos por su obra. Ya se acabó el tiempo en que se podía saborear *Hamlet* sin preocuparse mucho de Shakespeare: la burda curiosidad por la anécdota biográfica es un rasgo de nuestra época, decuplicado por los métodos de una prensa y de unos

media que se dirigen a un público que cada vez sabe leer menos. Todos tendemos a tener en cuenta, no solamente al escritor, que, por definición, se expresa en sus libros, sino también al individuo, siempre forzosamente difuso, contradictorio y cambiante, oculto aquí y visible allá, y, finalmente –quizás sobre todo- al *personaje*, esa sombra o ese reflejo que el propio individuo (y éste es el caso de Mishima) contribuye a proyectar a veces, por defensa o por bravata, pero más allá o más acá de los cuales el hombre real ha vivido y ha muerto en ese secreto impenetrable que es el de cualquier vida.

Hay ahí muchas posibilidades de errores de interpretación. Hagamos caso omiso de ellas, pero recordemos siempre que la realidad central hay que buscarla en la obra: en ella es donde el escritor ha preferido escribir, o se ha visto forzado a escribir, lo que al fin y al cabo importa. Y, sin duda alguna, la muerte tan premeditada de Mishima es una de sus obras. Sin embargo, una película como *Patriotismo*, un relato como la descripción del suicidio de Isao en *Caballos desbocados*, proyectan su luz sobre el final del escritor y lo explican en parte, mientras que la muerte del autor a lo sumo autentifica las obras sin explicarlas.

Es indudable que algunas anécdotas de infancia y juventud, al parecer reveladoras, merecen ser retenidas en un breve sumario de esta vida, pero esos episodios traumatizantes nos llegan en su mayor parte a través de *Confesiones de una máscara* y se encuentran también, diseminadas con formas diferentes, en unas obras novelescas más tardías, elevadas al rango de obsesiones o de puntos de partida de una obsesión inversa, definitivamente instaladas en ese poderoso plexo que rige todas nuestras emociones y todos nuestros actos. Interesa ver cómo esos fantasmas crecen y decrecen en la mente de un hombre igual que las fases de la luna en el cielo. Y es indudable que algunos relatos contemporáneos más o menos anecdóticos, algunos juicios emitidos en vivo, como una instantánea imprevista, sirven a veces para completar, para verificar o contradecir el autorretrato que el propio Mishima ha hecho de esos incidentes o de esos momentos-choque. Sólo a través del escritor podemos oír sus vibraciones profundas, como cada uno de nosotros oye desde dentro su voz y el rumor de su sangre.

El marino que perdió la gracia del mar

De Wikipedia, la enciclopedia libre

http://es.wikipedia.org/wiki/El_marino_que_perdi%C3%B3_la_gracia_del_mar



El marino que perdió la gracia del mar es una novela del escritor japonés Yukio Mishima publicada en el año 1963. El libro narra la decisión del marinero Ryuji de abandonar el mar y sus anhelos tras conocer a la viuda Fusako y enamorarse de ella. Sin embargo Noboru, hijo de la viuda, tras haber idealizado al marinero e influenciado por su grupo de amigos, no aceptará la decisión de Ryuji de vivir en tierra y convertirse en su padre.

Fue llevada al cine en el año 1976 por el director estadounidense Lewis John Carlino, protagonizando la película los actores Sarah Miles, Kris Kristofferson y Jonathan Kahn. Por su interpretación, Sarah Miles y Jonathan Kahn fueron nominados a sendos Globos de Oro en la edición de estos premios del año 1977.

Citas

«El pensamiento de separarse de ella al día siguiente era doloroso, pero tenía una máxima que contrarrestaba ese dolor, unas palabras etéreas que sonaban en sus sueños una y otra vez: "El hombre parte en busca de la gran causa, y la mujer queda atrás". Sin embargo, Ryuji sabía mejor que nadie que en el mar no había gran causa alguna que buscar. En el mar había sólo guardias que unían el día y la noche, tedio prosaico y míseras condiciones de forzado.»

«Y sin embargo, en la travesía de vuelta del último viaje, Ryuji había descubierto que estaba cansado, mortalmente cansado del aburrimiento de la vida del marino. Tenía la certeza de que lo había probado todo en ella, hasta las heces, y estaba harto. ¡Qué loco había estado! No había gloria que encontrar en ningún lugar del mundo. Ni en el hemisferio Norte. Ni en el hemisferio Sur. Ni siquiera bajo la estrella con que todo marino sueña: la Cruz del Sur.»

«Los fantasmas del mar y de los barcos y de los viajes oceánicos existían tan sólo en aquel aliento fresco y rutilante. Pero, con el paso de los días, veía cómo se iba adhiriendo a Ryuji otro de los groseros olores de la rutina de la tierra: el olor del hogar, el olor de los vecinos, el olor de la paz, de las frituras de pescado, de las bromas, del mobiliario que nunca cambiaba de lugar, de los libros del presupuesto familiar, de las excursiones de fin de semana... Todos los pútridos olores que despiden los hombres que habitan en la tierra: el hedor de la muerte.»

El marino que perdió la gracia del mar

Yukio Mishima

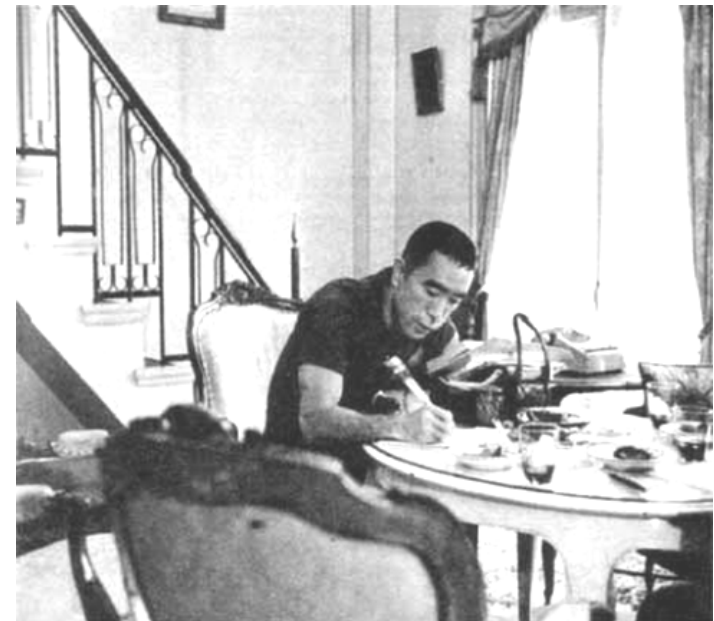
<http://www.filmica.com/jacintaescudos/archivos/004637.html>

17 de octubre de 2006

Fusako es una viuda que vive sola con su hijo Noboru. Ella conoce a Ryuji, un marino, con quien llega a involucrarse sentimentalmente. Al comienzo, parece que es un romance pasajero, una aventura de marinero. Pero luego se verá que las intenciones de Ryuji, junto con un hastío del constante navegar, convertirán aquello en una relación seria y estable, al punto que Ryuji dejará la navegación y se quedará en la ciudad de

Yokohama, donde viven los protagonistas. Noboru observa los acontecimientos y comparte sus impresiones con un grupo de amigos del colegio, que tienen ideas algo extrañas sobre la vida de los adultos. *El marino que perdió la gracia del mar* es una novela corta de Yukio Mishima pero que de manera muy certera encierra varias historias (y tragedias). Por un lado está la historia del romance entre Fusako y Ryuji, el volver a abrirse y entregarse al amor luego de años de viudez y soledad; luego, la historia del marinero, un hombre algo arisco y solitario, cuya vida de mar lo ha hecho acostumbrarse a la inconstancia y al silencio, detalles que se ven transformados entre la relación con Fusako; y por último, la historia de Noboru, que vive el romance de su madre en el inicio de su adolescencia.

En el característico estilo de Mishima, la historia se va desarrollando pausadamente. Pero, por la brevedad del texto, ese estilo pausado no resulta lento. Su habilidad radica en proporcionar las pistas y detalles suficientes como para que el



lector pueda simpatizar con los personajes y desear que el final sea otro como el que amenaza con presentarse. Un final impensable y fatídico que, sin embargo, Mishima tiene el buen gusto de no detallar, dejando al lector armar el desenlace de la historia en la oscuridad de nuestra imaginación.

Mishima retoma también, como en varias de sus novelas, la figura del niño-adolescente en un tortuoso cruce de caminos pero sin la decisión ni la claridad de lo que el momento supone. Por lo general, los adolescentes de Mishima tienen ideas bastante atroces sobre la vida y los adultos. La idea del suicidio y la muerte rondan siempre a dichos personajes como una fatalidad a la que se puede recurrir como una alternativa honrosa.

Los adultos de esta novela también parecen estar en momentos definitivos de su vida, en esa etapa cuando asumen que los grandes sueños que han venido incubando durante largos años ya no se realizarán y en la pesadumbre que llegar a esa conclusión puede causar. En ese instante se presenta una perspectiva que, aunque ni cercana a la soñada, promete algo de estabilidad y seguridad, que es un poco la opción por la que se deciden Ryuji y Fusako, sin sospechar que esa misma decisión les acarreará, de manera involuntaria, un final inesperado.

Es asombrosa la manera en que Mishima describe los hechos con toda frialdad. O quizás debo decir, con objetividad, con distancia. Mishima parece no apasionarse por sus propios personajes aunque los construya con tanto detalle y familiaridad; sin embargo, la conspiración de los niños, junto con ciertas pruebas atroces para demostrar su "hombría", son descritas sin sentimentalismos sin por ello dejar de impresionar. Este grupo de niños, al que pertenece Noboru, miran hacia los adultos como algo decadente y sin sentido. Convertirse en esa clase de adulto es una afrenta impensable, un destino que quieren evitar a toda costa. Así, el jefe del grupo les dice:

Si no actuamos ahora nunca seremos ya capaces de seguir el dictado supremo de la libertad, de ejecutar los actos necesarios para llenar el vacío de este mundo, a menos que estemos dispuestos a sacrificar nuestras vidas. (...) Si no actuamos ahora ya nunca seremos capaces de robar, de matar o de hacer cualquiera de las cosas que testimonian la libertad del hombre y, terminaremos en las adulaciones vomitivas y los cotilleos; temblaremos día tras día, agobiados por la sumisión, el compromiso y el miedo; nos preocuparemos por lo que digan los vecinos; viviremos como ratones estridentes. Y algún día nos casaremos, y tendremos hijos, y al fin llegaremos a ser padres: lo más vil en este mundo.

Conociendo algo de la biografía de Mishima y habiendo leído otras novelas suyas, este discurso no es novedoso. Es una constante en su obra, la rebelión ante lo establecido, la protesta, el inconformismo.

Leyendo esta novela no evité pensar en los tiempos actuales, en la cantidad de jóvenes entregados a la violencia y al crimen. Pensé que no necesariamente, como siempre se cree, el criminal se forma en la pobreza y la ignorancia. La falta de perspectiva de futuro, la falta de utopías, el hastío, la idea de repetir hasta el infinito el estado actual de cosas pueden ser suficientes para torcer el ánimo y las ganas de vivir de cualquiera. De ahí la genialidad de Mishima, cuya obra sigue teniendo gran vigencia.

Jacinta a las 04:29 PM | [Referencias 0](#)